

KOLONIE WALDNER 555

FELIPE BOTAYA



Colección: Novela histórica
www.historiaincognita.com

Título: Kolonie Waldner 555
Autor: © Felipe Botaya

© 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-334-9
Fecha de edición: Abril 2012

Printed in Spain
Imprime: Cofás Artes Gráficas
Depósito legal: M-6608-2012

Este libro está dedicado a todos aquellos que lucharon con ganas, decisión y honradez, a pesar de ser una lucha estéril, por algo en lo que creían, aunque fueron superados por los acontecimientos, la soberbia y la mentira de otros.

Estas palabras se han dicho desde la autoridad que concede el fracaso.

ÍNDICE

Capítulo 1	
Incidente en el Mato Grosso. Inicios de 1944	13
Capítulo 2	
Un plan para Sudamérica. Verano de 1938	23
Capítulo 3	
Reunión técnica en la Kolonie Waldner 555. Otoño de 1943..	45
Capítulo 4	
Un anillo. Una historia. Inicios de 1944	89
Capítulo 5	
Pruebas en el enclave Dignidad. Otoño de 1943	99
Capítulo 6	
Un secuestro y una misión. Inicios de 1944	111
Capítulo 7	
Caza sobre el río Negro. Inicios de 1944	127

Capítulo 8	
Misión en Manaos. Inicios de 1944	141
Capítulo 9	
Muerte en Natal. Inicios de 1944	151
Capítulo 10	
La nueva frontera de Defensa. Mediados de 1944	165
Capítulo 11	
Kammlerstab, Praga. Mediados de 1944	177
Capítulo 12	
Der Mond. Mediados de 1944	191
Capítulo 13	
Base Alpha. Segunda mitad de 1944	203
Epílogo I	
El encuentro. Segunda mitad de 1969	209
Epílogo II	
Los Ángeles y Washington. 1942 y 1952 respectivamente ...	221
Epílogo III	
Algunos datos sobre el almirante Canaris	227
Epílogo IV	
Perón, Argentina y la tecnología alemana	237
Epílogo V	
Villa Winter, Fuerteventura, Canarias	247
Bibliografía	253

AGRADECIMIENTOS

Alfonso Montero: como en cada libro y como buen amigo, Alfonso ha participado ayudándome con su visión crítica pero siempre de forma constructiva. Ha sido muy objetivo en sus comentarios, algo muy necesario cuando se tocan temas como los de *KolonieWaldner 555*. Creo que su intervención ha sido básica.

Enrique Dauner: compañero de colegio, gran amigo, excelente buceador y científico cuyas increíbles fotos de Villa Winter en Fuerteventura y el extraño aeropuerto dejan sin respiración a quien pueda tener dudas..., todavía.

Juan Manuel Desvalls: buen amigo que también ha sabido darme su punto de vista, intentando ser imparcial y lo menos emocional posible. Le parecía imposible que la Segunda Guerra Mundial pudiese esconder todavía tantos secretos y asuntos desconocidos.

CAPÍTULO 1

INCIDENTE EN EL MATO GROSSO

Inicios de 1944

El médico volvió a tomar el pulso de aquel paciente en tan mal estado tras la mosquitera de protección. Seguía alto al igual que cuando llegó. Repasó la ficha del ingreso y las diferentes actuaciones médicas que se habían llevado a cabo con él durante los dos días que ya llevaba ingresado. Anotó la cifra de las pulsaciones y la hora. El lápiz sonaba con fuerza mientras escribía sobre el soporte metálico donde se hallaba el historial médico del paciente y que colgaba de la cama del mismo.

—Enfermera Oliveira, por favor. —Se volvió hacia la enfermera, que estaba poniendo de nuevo en su lugar el brazo del paciente, arropándolo con cuidado—. La hinchazón provocada por las quemaduras ha remitido lo suficiente, pero sigue inconsciente. El pulso es alto, ciento veinticuatro. No me sorprende por el estado general del paciente. Un cuarenta y ocho por ciento de su cuerpo sufre quemaduras. —El paciente era de raza caucasiana, de pelo rubio, pero no sabían quién era. Desde luego no parecía brasileño.

Los protocolos médicos se habían seguido a rajatabla, pero no podían hacer otra cosa que esperar. Si hubiese suerte, en algún

momento volvería de su inconsciencia y podría explicar qué había sucedido. Le indicó a la enfermera los tipos de quemaduras que tenía aquel paciente.

—Esta es de segundo grado y estas dos de tercero. El pabellón auditivo derecho prácticamente ha desaparecido, consumido por las llamas y el pelo de ese lado también ha sufrido los efectos de la temperatura, más que del fuego directo. La cara está bien aunque todo el vello facial ha desaparecido, incluyendo pestañas y cejas. En los tobillos el fuego ha entrado profundamente y el hueso aparece a la vista. —Señalaba cada lugar que iba indicando—: además tiene contusiones menores y varios traumatismos con rotura de fémur y de la muñeca izquierda principalmente. Por ahora y debido a las quemaduras, no podemos enyesar al paciente. Necesita que tenga la piel en contacto con el aire. —Miró a la enfermera—: ¿ha aplicado sulfadiazina argéntica, enfermera? La piel expuesta sin defensa es un coladero de bacterias e infecciones. —La enfermera Oliveira asintió con la cabeza mientras le mostraba al doctor el apartado de actuaciones en el historial médico del paciente.

—Sí doctor, hace ya más de dos horas.

—Perfecto, creo que ya podemos pasar a la siguiente actuación.

El doctor Edward Burton volvió a mirar el rostro del paciente que mostraba un rictus en su boca que no hacía presagiar nada bueno. La respiración era entrecortada. Observó con detenimiento las zonas quemadas donde se había aplicado la sulfadiazina argéntica. Esa pomada, la higiene y la paciencia eran las mejores medicinas para un quemado. De todas maneras, si aquel hombre sobrevivía no volvería a ser quien era. Le quedarían huellas para siempre. Controló el suero fisiológico que se hallaba conectado a través de una vía al paciente y que goteaba con cierta rapidez. Se volvió hacia la enfermera que permanecía en silencio tras él.

—Enfermera Oliveira, lave al paciente con abundante agua y jabón. Rasque con fuerza la zona de las quemaduras y saque la piel quemada. —La enfermera parecía asustada ante aquella solicitud repentina. La sección de quemados es uno de los destinos más duros

y llevaba muy poco tiempo—. No se preocupe, es parte del protocolo para quemados. El agua y el jabón son excelentes antisépticos. —La enfermera asintió y sonrió levemente—. La piel tendrá que regenerarse. Tras el baño, aplíquese la pomada de nuevo y anótelos. Manténgame informado cuando acabe.

—Sí, doctor —respondió solícita la enfermera, mientras pedía ayuda a dos enfermeros que estaban en la amplia sala, para mover al paciente hasta la zona de duchas.

El Hospital São José era el único centro asistencial con garantías en la ciudad de Manaus, Brasil, en aquel inicio del año 1944. A pesar de la guerra, algunos de sus médicos eran militares norteamericanos, especialistas en enfermedades tropicales y medicina general, ayudados por doctores, enfermeras y monjas brasileños. Era un lugar excelente para aprender el funcionamiento de esas enfermedades, su transmisión y su posible cura. No faltaban casos a diario. Los mosquitos y otros insectos, el agua, los animales, todo era potencialmente portador de extrañas y mortíferas enfermedades. Para un europeo o un norteamericano era un lugar peligroso y muchas veces letal, sobre todo por el desconocimiento. Las investigaciones en el hospital podrían ayudar a miles de soldados en el frente del Pacífico o en África a curar sus enfermedades y esa investigación pasaría luego al campo civil. La guerra siempre ha sido un excelente campo de pruebas y avances científicos de toda índole.

El doctor Burton, que era el único médico civil del contingente americano y era también el responsable de las áreas de quemados y cirugía general, regresó a su consulta en el piso inferior del hospital. El esqueleto auténtico de un hombre colgado de una barra que lo mantenía en vertical presidía la estancia. Nadie sabía de dónde había salido, pero llevaba en el hospital muchísimos años. Seguramente vino de la morgue. A Burton no le molestaba y siempre observaba la artrosis que el hombre debió sufrir en vida, sobre todo en sus últimos años. También varios carteles de partes del

cuerpo humano en sección se podían ver allí. Él estaba especializado en abdomen y aparato digestivo, pero allí tenía que colaborar con otros especialistas, con lo que su cultura médica se incrementaba. Creía que era un excelente curso práctico que, para cuando regresase a los Estados Unidos en un máximo de dos años, podía convertirse en un doctor con prestigio y buenos clientes. Sus contactos con el ejército norteamericano le garantizaba unos saneados ingresos al volver, así como las visitas privadas del consultorio que pensaba abrir en Saint Louis.

Se sentó, encendió un cigarrillo aspirando con fuerza y comenzó a hojear los historiales clínicos de otros pacientes. Sin embargo el paciente que acababa de visitar le seguía produciendo una curiosidad que le impedía concentrarse en su trabajo con otros internos. Además, nadie había mostrado interés por él, ni siquiera la policía. Simplemente lo consideraban un accidentado, nada más. Eso era, como mínimo, muy raro.

Alguien llamó a su puerta.

—Adelante —dijo sin levantar los ojos de una gráfica que intentaba analizar sin demasiado éxito.

—Buenos días, doctor Burton. —Uno de los médicos brasileños apareció en el umbral de la puerta esperando permiso para entrar.

—Adelante. —Burton le invitó a pasar, alzando la vista hacia él. Le sonrió—. Dime Joao, qué deseas —le dijo mientras miraba algo envuelto que llevaba en su mano.

Joao Pessoa era ayudante médico del doctor Manuel Cardoso, responsable de la sección de urgencias del hospital. Ellos recibían a los accidentados de cualquier tipo y les aplicaban las primeras curas. Su papel era determinante y hacían la diferencia entre la vida y la muerte de un paciente accidentado por las más diversas causas. Su nivel de actuación estaba basado en dos aspectos, reconocimiento rápido de la dolencia o traumatismo y tratamiento adecuado con la máxima celeridad.

–Doctor Burton... –empezó Pessoa. Burton le miró con una medio sonrisa.

–Joao ya te he dicho muchas veces que me tutees, yo te tuteo. No tenemos tiempo para formalismos y los dos somos médicos–. El doctor Pessoa agradeció la gentileza y continuó.

–Verás Edward, sé que ese paciente, el de las quemaduras, es un misterio para todos. Aquí hay algo que él llevaba cuando llegó a urgencias y que en un primer momento no detectamos por la hinchazón de sus quemaduras. –Joao Pessoa abrió el pequeño paquetito envuelto en papel–. Yo lo ví y se lo extraje con el máximo cuidado. Nadie más lo ha visto. –Un anillo cayó sobre la mesa, produciendo el inconfundible sonido de la plata de ley–. Perdón, Edward –dijo el brasileño por su torpeza. Lo recogió rápidamente y lo puso sobre la mano que Edward Burton acababa de extender. Este dejó su cigarrillo en el cenicero.

Burton lo observó con detenimiento mirando cada uno de sus detalles. Una gran calavera en relieve presidía el anillo. A cada lado de la misma, había algo parecido a unas hojas y entre las hojas, en todo su perímetro, aparecían diversos signos. Lo giró hacia la izquierda de la calavera y aparecía un signo parecido a un rayo enmarcado en un triángulo, luego un hexágono en cuyo interior había una estrella. Luego un círculo que rodeaba dos signos en su interior, una flecha hacia arriba y dos rayos paralelos. Este signo estaba algo gastado ya que era la parte inferior del anillo y por lo tanto de mayor rozamiento en su uso. Seguidamente y enmarcado en un rombo aparecía un signo que hizo que Burton lo mirara de nuevo: era una cruz gamada. El último signo, al igual que el primero junto a la calavera, volvía a ser el triángulo que enmarcaba un rayo.

–Es nazi, ¿verdad Edward? –dijo Pessoa con una cierta voz que denotaba ansiedad.

Sin mirarle y sin dejar de observar el anillo contestó:

–Eso parece, pero desconozco el significado de todos estos signos. Sólo hay uno inconfundible y es la cruz gamada. –Se la mostró

a su colega brasileño—. Pero no sé qué significa este anillo. —Mientras decía esto, miró el interior del anillo y su sorpresa aumentó—. Un momento. —Burton cogió una lupa del primer cajón de su mesa de trabajo—. Aquí hay algo escrito. Parece un nombre, una fecha y una firma. —Puso la lupa a una distancia que le permitía aumentar la zona de su interés—. Sí, es un nombre, Stukenbrok, 20/4/40, luego hay una firma. —Trató de afinar con la lupa—. La firma no es muy legible, pero diría que es una H inicial y el apellido también empieza por H. No se lee bien. Es un tipo de letra puntiaguda en sus trazos. —Mientras sostenía el anillo, miró al doctor Pessoa—. Joao ¿cómo llegó este hombre hasta vosotros? Creo que lo trajeron en una barca y parece que sufrió un accidente de aviación ¿es así? —Pessoa afirmó con la cabeza las palabras de Burton.

—Lo trajeron unos pescadores que dicen que vieron caer lo que parecía un avión envuelto en llamas en el río Negro tras escuchar varias detonaciones, aunque no estaban seguros de que fuese un avión. Uno dijo que parecía una «abeja oscura». Llegaron hasta la zona del accidente, la aeronave acababa de hundirse y nuestro paciente estaba en la orilla, con restos de su uniforme de vuelo y con las quemaduras que conocemos. Estaba sin sentido. Lo desnudaron ya que la ropa todavía humeaba y tenía pequeños restos de fuego. No tengo más información.

Burton le miró.

—Eso quiere decir que no estaba mojado, que quizás había saltado antes envuelto en llamas. —Se quedó pensativo por un momento—. Es muy raro todo esto. —Pensaba en esa «abeja oscura»—. ¿Sabemos quiénes son los que le recogieron?

El doctor Pessoa negó con la cabeza.

—Lo dejaron en la recepción y le explicaron a la enfermera lo que acabo de explicarte. Lo siento. Además fue un día particularmente complicado en urgencias, con muchos ingresos. No hubo tiempo material de nada más y como puedes imaginarte, nuestra idea fue tratar inmediatamente al sujeto.

—Claro —dijo Burton—, es el protocolo, pero es una lástima ya que este asunto parece más complicado de lo que es. Este paciente,



Un ejemplo del Totenkopfring de las SS.

según el anillo que portaba, puede ser un alemán. Su aspecto parece confirmarlo también. No sabemos si es un militar, no lleva placas identificativas. Su nombre puede ser Stukenbrok. Cae con un avión incendiado cerca de Manaos y además se oyen detonaciones. Y estamos en plena guerra mundial, aunque Brasil no es el frente de batalla. ¿Qué es todo esto? ¿Qué hace un supuesto alemán por aquí?

El teléfono sonó con fuerza—. Aquí el doctor Burton, dígame. —Pasaron unos segundos interminables donde la cara de Edward iba cambiando de expresión—. No se mueva enfermera. Ahora mismo voy —dijo con firmeza mientras colgaba. Miró al doctor Pessoa, que no ocultaba su extrañeza por las palabras de Burton—. Alguien ha atentado contra nuestro paciente misterioso. Está muy grave...— Salió de su despacho como una exhalación seguido por Joao Pessoa. Subieron al primer piso y entraron en la sala de quemados. El extraño paciente respiraba entrecortado y su tórax subía y bajaba con fuerza. La sangre le salía a borbotones de una herida en la parte baja del cuello que la enfermera trataba de parar. Uno de los enfermeros también mostraba rastros de sangre y una herida en la mano, al parecer sin más importancia.

—¿Qué ha pasado, enfermera Oliveira? —inquirió el doctor Burton con cara de incredulidad. La enfermera sollozaba mientras trataba de cortar la violenta hemorragia. Tanto Burton como Pessoa la ayudaron inmediatamente.

—Mientras íbamos hacia las duchas, tal como usted ordenó, nos cruzamos con un hombre al que no prestamos atención y que se volvió rápido como el rayo con intención de seccionar el cuello al paciente. —Se detuvo, sollozó y con voz entrecortada, continuó—. Llevaba un machete en la mano y gracias a que Manuel se dio cuenta, el cuchillo no llegó a matarle allí mismo. Lo desvió como pudo y está herido en la mano, aunque alcanzó al paciente. Mientras nos reponíamos de lo sucedido, el hombre pudo huir. —Los dos enfermeros corroboraban las palabras de la enfermera Oliveira—. Lo siento mucho, doctor —añadió sollozando de nuevo y víctima de la impresión.

—No se preocupen, ustedes han hecho lo que tenían que hacer. Manuel vaya a que le limpien la herida y le apliquen la antitetánica —dijo el doctor Burton, mientras trataba de colocar un vendaje, tras desinfectar la zona de la herida. El doctor Pessoa había cosido la herida lo mejor que pudo y a alta velocidad. Se notaba que trabajaba en urgencias y sabía cómo actuar. No se mostraba muy optimista y así se lo hizo ver con la mirada a Burton. Este tampoco se engañaba, ya que la cosa pintaba mal. Le inyectaron morfina, para calmar el dolor y tranquilizar al paciente. Las mantas estaban llenas de sangre. Los otros pacientes estaban muy excitados por la situación y miraban con nerviosismo hacia el grupo.

Tratando de romper un poco la situación, Burton preguntó:

—¿Qué recuerdan de ese hombre? —El otro enfermero, Andrés entró en la conversación.

—La verdad es que no tuvimos mucho tiempo y fue siempre bajo sorpresa, doctor. Era un hombre de estatura normal, llevaba un sombrero de paja— Ese detalle convertía a ese hombre en uno de los casi seiscientos mil hombres que habitaban Manaos en aquel

momento, pensó Burton— y llevaba un pantalón y una camisa oscuros. Yo no fui capaz de verle la cara, doctor. Lo siento. —La enfermera Oliveira confirmó que ella tampoco fue capaz de ver la cara del sujeto.

—Lo tenemos muy complicado. Tendré que llamar a la policía —dijo con voz apesadumbrada el doctor Burton, mirando a su gente.

—No hará falta, doctor Burton. —Burton y los demás se giraron hacia el lugar de donde venía la extraña, autoritaria y repentina voz—. Nosotros nos encargaremos de este asunto a partir de este momento. Esto está dentro de la jurisdicción militar norteamericana. —Y mientras se acercaba al grupo, acompañado de dos militares más de menor graduación, continuó—. Soy el general Robert White de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y este paciente, August Stukenbrok, será trasladado ahora mismo a nuestra base de Natal. —En aquel momento entraron seis militares más con una camilla y sin perder tiempo se pusieron a trasladar al paciente. Burton se quedó estupefacto al recordar el nombre grabado en el anillo y que coincidía perfectamente con el que acababa de decir el general.

—Un momento general. —Burton se encaró con el militar interponiéndose entre los soldados y el paciente y con aplomo, continuó—: en primer lugar usted no puede entrar aquí sin mi permiso. No sólo sabe el nombre de este paciente, que nosotros desconocíamos, sino que además parece conocerme a mí. Pero yo no sé quien es usted, ni por qué se quieren llevar a este hombre, ni qué importancia tiene para ustedes. Habla usted de Natal que está a más de tres mil kilómetros de aquí. Este hombre morirá en el trayecto. No pueden llevárselo y además está bajo mi control médico. ¡Soy responsable de su estado!

—Usted ya no es responsable de él y no voy a discutir con usted, doctor Burton —dijo el general White con una sonrisa—. Nos vamos a llevar al paciente ahora mismo. —Sacó su pistola reglamentaria al igual que sus dos subordinados, y se la puso en la frente al doctor Burton—. ¿Ha entendido lo que le acabo de decir? No quiero utilizar el arma, pero lo haré si es necesario. No lo dude doctor. Estamos

hablando de seguridad nacional. —La voz del general no dejaba lugar a dudas. Burton se apartó.

Mientras los soldados depositaban con cuidado al paciente en la camilla y colgaban el suero, el general White se volvió hacia Burton.

—No lo haga por mí doctor, hágalo por su país que es el mío también. Estamos en un momento de gran peligro y este hombre es muy importante para nosotros. Haremos que viva. Tenemos mejores instalaciones que ustedes aquí. Ya hemos recuperado los restos de su aeronave y todo lo que era de interés en la zona, que se ha trasladado a Natal para su reconstrucción.

Impotente, el doctor Burton y su grupo miraron cómo los militares, con gran destreza, recogían todo lo que tuviese que ver con el paciente y comenzaron a retirarse llevando la camilla con sumo cuidado. El general White miró a Burton.

—¿Tenía algo más este hombre encima? —Burton negó con la cabeza—. Bien, gracias por su colaboración. —El grupo desapareció tan rápido como había aparecido.

Durante unos segundos el silencio reinó entre todos. La cabeza de Burton trabajaba a alta velocidad tratando de imaginarse de qué iba todo aquello y quién era ese August Stukenbrok, tan importante como para desplazar hasta su hospital a todo un general, oficiales y soldados, más el equipo aéreo de soporte médico desde Natal, en la costa atlántica de Brasil. Parecían conocer bien al paciente. No tenía ni la más remota idea, aunque era algo importante relacionado con la seguridad nacional de los Estados Unidos.

—Bien, recojamos todo esto y recuerden que algo así nunca ha pasado —dijo con cara de pocos amigos.

Pessoa le miró con complicidad mientras Burton, con una medio sonrisa, acariciaba el anillo en su bolsillo.

CAPÍTULO 2

UN PLAN PARA SUDAMÉRICA

Verano de 1938

El aria número dos del primer acto de *La Flauta Mágica* de Mozart, «Der Vogelfänger bin ich da», sonaba con fuerza en el despacho de Helmut Langert. Fue la última obra de Mozart y la compuso para ayudar económicamente a su amigo el empresario teatral Emanuel Schikaneder. Es la obra cumbre del singspiel. Fue estrenada y dirigida por el propio Mozart en el teatro Wien de Viena el treinta de septiembre de 1791 y sí, era una obra con claros tintes masónicos que el genio de Salzburgo había escrito durante su pertenencia a la orden. «Todos lo sabían ¿y qué?» pensó con una sonrisa. De todas maneras, esta versión dirigida por Karl Böhm en 1941, era extraordinaria y agradecía haber traído desde Alemania su moderno tocadiscos Telefunken, que le permitía trasladarse a esos lugares encantados que tanto le recordaban a su amada patria a pesar de su prolongada estancia en Sudamérica. Su colección de discos era de las mejores e incluía algunos discos americanos de la llamada «música degenerada» de negros y judíos. Un buen amigo suyo del Ministerio de Propaganda le había conseguido esos discos bajo mano. También le gustaba escuchar esa música, aunque lo hacía de forma discreta ya que, ante todo,

era un melómano y la música no conocía fronteras, ni ideologías según pensaba.

Volvió a la realidad. Aquel calor era insoportable a pesar de la excelente climatización de que gozaban en toda la instalación los residentes, trabajadores y militares de la Kolonie Waldner 555. Pensar en Alemania y sus cuatro estaciones perfectamente delimitadas durante el año, le hacía soportar mejor su situación actual. Aquí siempre se vivía a más de treinta grados y un ochenta y cinco por ciento de humedad.

La Kolonie Waldner 555 estaba situada en la frontera entre Paraguay y Brasil, cerca de la orilla del río Paraná y a no excesiva distancia de la capital del Paraguay, Asunción, y de Ciudad del Este, aunque dentro del territorio brasileño. Esta fortaleza militar estaba conectada a otras catorce, algo más pequeñas distribuidas en un área inmensa que comprendía también Chile y Argentina, por carreteras abiertas en la jungla y aeropuertos, y que formaban la avanzadilla militar y científica alemana en Sudamérica. Estaba fuertemente protegida por tropas seleccionadas y todo tipo de armamento, que impedía cualquier intromisión ajena en su operación diaria.

Helmut Langert recordaba cómo había cambiado su vida tras la desmovilización al terminar la Primera Guerra Mundial y su decisión de marcharse a Sudamérica, a Brasil concretamente. Él era ingeniero de profesión y había servido con honor en el ejército imperial con el rango de teniente, combatiendo en Francia en los duros días de las trincheras. Alemania no ofrecía muchas posibilidades y las peleas políticas callejeras y los desórdenes continuos no auguraban un gran futuro a su patria. La república de Weimar no daba soluciones y además estaba aplastada por las terribles condiciones del infame e injusto Tratado de Versalles. Muchos jóvenes desmilitarizados como él, hicieron lo mismo. Brasil contaba con una colonia alemana de más de novecientas mil personas y le surgió la oportunidad cuando la compañía Siemens le ofreció un empleo en

su filial en Río de Janeiro. Partió del puerto de Kiel en 1922, cuando tenía veinticuatro años.

Una vez allí, no sólo demostró sus excepcionales aptitudes en el trabajo, sino que antes de un año cambió a un nuevo trabajo en una compañía de aceros, mejor remunerado y de más nivel ya que se convirtió en directivo del conglomerado AEG (Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft), en Belo Horizonte, capital del estado de Minas Gerais. Recordaba que fue en esa época, 1927, cuando se casó con Ilse a la que ya conocía en Alemania y que aceptó ir a Brasil con él. Pero la historia seguía su propio curso para Helmut y eso iba a ayudarle.

La Revolución en Brasil de 1930 fue un golpe de estado liderado por los estados de Minas Gerais y Río Grande do Sul, que culminó derrocando al presidente paulista Washington Luís el 25 de octubre de 1930. En 1929 los líderes del estado de San Pablo rompieron sus alianzas con los mineros representados por la política del «*café com leite*», y eligieron al paulista Júlio Prestes como candidato a la presidencia de la República. El Presidente de Minas Gerais, Antônio Carlos Ribeiro de Andrada reaccionó apoyando la candidatura opositora de Getúlio Vargas.

El 3 de noviembre de 1930 tras liderar una revolución armada, Getúlio Vargas asumió la jefatura del gobierno provisional, siendo la fecha que marca el fin de la denominada «*República Velha*». El gobierno, impuesto por la Revolución de 1930, adoptó y aplicó en Brasil las primeras formas de legislación social y de estímulo al desarrollo industrial. Tanto los sindicatos brasileños, como las grandes empresas estatales, y otras estructuras modernas del Estado y de la sociedad brasileña tienen su origen en las reformas realizadas durante este período. Getúlio Vargas, un auténtico superviviente, sobrevivió a la Guerra Civil de 1932 y a la revuelta comunista de 1935 y tiene en su haber una frase que le define como político oportunista: «Nunca he tenido un amigo que no haya podido

convertirse en enemigo, ni un enemigo que no pudiera convertirse en amigo».

Este período convulso hizo que Helmut, su mujer y su hijo se trasladasen a Río de Janeiro ya que había sido nombrado ingeniero en jefe de las oficinas centrales de AEG para toda Sudamérica. Más tarde, en 1931, aceptó el reto de montar una filial en Joinville en el estado de Santa Catarina, al sur de Brasil. Todas estas posiciones laborales le permitieron conocer a los grandes industriales del país e incluso de otros países de la zona. Su excelente trabajo también hizo que los directivos de la AEG en Berlín se fijasen en él, hasta el punto que en 1936 le nombraron director de operaciones de las diferentes compañías del grupo en Sudamérica. Su vida civil era todo un éxito, pero siempre conservó un recuerdo vivo e intenso de su vida militar. Siempre creyó que nunca había dejado de ser un soldado y por ello se sentía muy feliz del destino que había tomado Alemania de la mano de Hitler y de la recuperación económica y social de su patria. Alemania volvía a ser alguien en el mundo, tras el nefasto e injusto Tratado de Versalles. En 1938 y durante unas vacaciones con su familia en Austria y Alemania, pasaron varios días en Berlín donde recibió una visita que iba a cambiar muchas cosas en su vida.

Aquella mañana el hotel Adlon en la Pariser Platz, frente a la Puerta de Brandenburgo, era un auténtico hervidero de turistas y hombres de negocios que se movían por sus salas con curiosidad y energía. Helmut estaba alojado en el hotel con su familia, tras regresar de su ciudad natal Lübeck, y visitar también Viena y las montañas del valle de Stubai en el Tirol austríaco. Berlín era el centro del mundo en aquel momento y la familia Langert se sentía muy a gusto con los cambios que había introducido el *führer* en todo el país. Alemania volvía a ser orgullosa y fuerte. El pequeño Sepp jugaba con el submarino U-29 que le habían comprado sus padres en Viena en la juguetería Sport-Spiel Mülhauser en la Kärntnerstrasse, 28. Siempre buscaba un estanque y por la mañana, tras bañarse, había jugado con él en la bañera de la habitación. Helmut estaba muy

orgulloso del pequeño y parecía que le gustaba la mecánica y saber cómo funcionaban las cosas. Presagiaba un gran futuro para su hijo.

Alguien llamó a la puerta en aquel momento. Un botones permanecía en posición de firmes cuando Helmut abrió la puerta.

—Señor Langert, tengo un aviso para usted. —El joven extendió un pequeño sobre que entregó a Helmut. Tras despedirse formalmente, se giró y desapareció por el pasillo. Helmut miró el sobre con la puerta todavía abierta. Su nombre aparecía en el mismo, escrito con una caligrafía limpia, pero sin más datos externos. Lo abrió y dentro había un cartón tipo tarjeta de visita, algo más grande. En el lateral superior izquierdo aparecía un nombre impreso: Johann Siegfried Becker. Luego, escrito a mano decía: «Le espero en la recepción del Hotel Adlon». Helmut se giró hacia su esposa que en aquel momento llegó hasta donde él estaba y miró con curiosidad el cartón-tarjeta.

—No sé quién es, pero puede ser importante. Quizá trabajo, recuerda que la empresa Junkers ha mostrado interés por mi trabajo en Brasil. —Helmut era un ejecutivo valorado, cuya trayectoria era seguida y conocida por otras empresas. —Muy bien, pero no te demores. Recuerda que le hemos prometido a Sepp ir al zoo en Tiergarten. Y además quiero pasear con vosotros por allí. ¡Es tan diferente a la jungla tropical! —Helmut pensó que Ilse tenía razón. Los bosques que habían visto durante el viaje eran absolutamente diferentes a lo que veían cada día en Brasil pero que cada cosa tenía su sitio. Helmut pensaba que todos tenían su encanto especial y lo comparaba con las operas italianas y las alemanas. Ninguna era mejor que otra, aunque tenían cosas muy diferentes.

—No te preocupes. Me pondré la corbata y bajaré a conocer a nuestro misterioso personaje. No tardaré. —La besó y abrazó al pequeño. Se ajustó bien la corbata de seda verde oscuro y la chaqueta de tweed con coderas de cuero y bajó al hall central del hotel.

Se preguntaba cómo reconocería a su interlocutor. No hizo falta.

—¿Teniente Helmut Langert? —Helmut se giró hacia la voz que sonó a su espalda. Hacia muchos años que no se dirigían a él por

su grado militar. Un joven vestido de paisano, alto y enjuto, pero con cierto aire marcial, le sonreía mientras alargaba su mano para estrechar la suya. La insignia del partido con la cruz gamada sobresalía de su solapa. Helmut se la estrechó—. Permítame que me presente, soy el *Hauptsturmführer* Johann Siegfried Becker, del *Sicherheitsdienst*. Quisiera hablar con usted. —Helmut estaba impresionado porque alguien del Servicio de Seguridad del Reich quisiera hablar con él.

—Debe tratarse de un error, *Hauptsturmführer*. Sólo soy un hombre de negocios de vacaciones con mi familia en Alemania. En dos semanas regresamos a Brasil, donde residimos. —El joven de la SD seguía sonriendo.

—Lo sé y sé qué está haciendo ahora en Berlín. No se preocupe, sólo queremos hablar con usted sobre Sudamérica. No le robaremos mucho tiempo. —El joven SD había utilizado el plural—. Nos interesa verle lo antes posible en nuestra sede de la Wilhelmstrasse 102, muy cerca de aquí.

Efectivamente, la sede de la SD y la Gestapo se encontraba a poca distancia del hotel Adlon. Era un paseo de unos veinte minutos muy agradable y una vez ante el edificio de la SD, este era imponente. Aunque la dirección era esa, se trataba de un conjunto de varios edificios que daban a dos calles, la Wilhelmstrasse y la Prinz Albrechtstrasse. Allí estaban las oficinas, servicios e instalaciones ocupadas por el *Reichsführer-SS* y Jefe de la Policía del Reich, Heinrich Himmler y por el Servicio Central de Seguridad del Reich o *Das Reichssicherheitshauptamt* (RSHA) del que dependían diversos servicios, entre ellos el Servicio de Seguridad SD (*Der Sicherheitsdienst des Reichsführer-SS*) o la *Geheime Staatspolizei*, más conocida como Gestapo. Sin más opciones, Helmut aceptó la entrevista y quedaron para esa misma tarde a las tres en la sede de la SD.

—Un coche vendrá a buscarle a las 14:45 —dijo el *Hauptsturmführer* Becker. De nuevo estrechó la mano de Helmut y se marchó tras ajustarse el sombrero oscuro de ala caída.

Ilse se enojó cuando supo del cambio de planes, pero por otro lado también se mostró impresionada de la cita de su marido. Consideró que era mejor aceptar la nueva situación.

—No sé de qué se trata, Ilse. Además utilizó mi antiguo rango militar que hacía años que no escuchaba. Sin duda saben quien soy. Iba de paisano a pesar de ser un militar... —Miraba a Ilse, que también le miraba con admiración, a pesar del repentino enfado que había tenido.

—No te preocupes. He pensado que como hace un día muy bueno y el calor ya se nota, iré con Sepp al Lustgarten y de allí a la zona de los museos, donde me ha dicho Anna que han montado una especie de playa en el río Spree. Se ve que es muy agradable y con bares.

—Me parece bien, pero yo no sé a qué hora voy a terminar mi cita. En estos lugares se sabe cuando se entra, pero no cuando se sale. —Miró al pequeño—. Sabes Sepp, vamos ahora a comer algo en ese sitio que te gusta Die Lustigen Holhackerbuam. ¿Qué te parece, hijo? —Ilse sonreía al ver a sus dos hombres negociar.

—Bueno, papi, pero luego quiero que vengas pronto. —Helmut miró a su mujer y luego se dirigió a su hijo.

—Así será hijo. Vendré pronto. Ahora vamos a comer.

A las 14:45 un Mercedes Benz negro sin ningún distintivo, se paró delante de la entrada principal del hotel. Helmut ya estaba en la puerta esperando. Un hombre joven y también de paisano se bajó y se dirigió a él sin premura. Parecía conocerle.

—¿Teniente Langert? —preguntó aunque imaginaba la respuesta. Helmut contestó afirmando con la cabeza.

—Le ruego que me acompañe. Le están esperando. —Los dos hombres se dirigieron al coche, donde les esperaba un tercer hombre, de paisano también, al volante y con el motor al ralentí. El coche arrancó y curiosamente en vez de ir por la Wilhelmstrasse, el coche cruzó la Pariser Platz, pasó por debajo de la Puerta de Branderburgo y giró hacia su izquierda enfilando la Hermann Göring Strasse, luego cruzó

la Potsdamer Platz y encaró la Saarlandstrasse. Tras cruzar la Prinz Albrechtstrasse y pasar por delante del Museum für Völker-Kunde y la Europa Haus, a continuación, el vehículo giró por la Anhalter Strasse. A mitad de dicha calle, el coche entró en un garaje subterráneo y Helmut se dio cuenta de que entraban por la parte trasera del conjunto de edificios de la seguridad del Reich, como queriendo ocultar el traslado. Habían seguido en paralelo la Wilhelmstrasse y todo el conjunto denominado Regierungsviertel, donde se hallaba la Nueva Cancillería. Helmut todavía se preguntaba qué podían querer de él. Y ¿por qué se dirigían a él con su graduación militar? No hallaba una respuesta satisfactoria, pero pronto lo sabría, pensó. Pasaron sin problemas ante una guardia de acceso.

El garaje era inmenso y el parque de vehículos espectacular. Sobresalían los de carácter anónimo como el de su traslado, pero también había varios coches oficiales, con estandartes y distintivos. Todos brillaban y casi todos eran de color negro. También había varias furgonetas cerradas de traslado de prisioneros y algunos camiones de los Schupo o Schutzpolizei, para algaradas callejeras y motocicletas de escolta. El coche se detuvo frente a una puerta y allí se bajaron Helmut y su anfitrión. Llegaron hasta un ascensor, entraron y subieron hasta el cuarto piso. Una vez allí, un ordenanza SS abrió la puerta y les acompañó hasta un despacho de espera.

—Teniente Langert, le ruego que espere aquí. —le dijo su acompañante, el cual desapareció seguidamente. Helmut miró su reloj. Eran las 15:00. Todo parecía ir rápido y pensó acabar lo antes posible, así podría ver a su familia.

La puerta se abrió y apareció el *Hauptsturmführer* Johann Siegfried Becker. Esta vez iba de uniforme SS y en la manga izquierda lucía el clásico rombo de fondo negro con las iniciales SD. Helmut se fijó que no llevaba el reborde en hilo de plata, lo que significaba que Becker no pertenecía a la Gestapo.

—Volvemos a vernos, teniente Langert. Le ruego que me acompañe. —Con un ademán de su mano le indicó el camino a seguir.

Pasaron por un pasillo, cruzándose con personal de todo tipo que apenas les prestó atención. Se oían lejanamente máquinas de escribir y su típico tecleto mecánico. De todas formas, el silencio reinaba por doquier. También pasaron frente a despachos de las diferentes secciones. Todos tenían las puertas debidamente cerradas. Becker se detuvo delante de un despacho y llamó con los nudillos. Se oyó una voz que le daba acceso y acto seguido Becker abrió la puerta permitiendo a su invitado entrar primero.

El ocupante de aquel despacho estaba de espaldas mirando por la ventana hacia algún punto del exterior. Helmut podía ver su silueta perfectamente delimitada al contraluz. Era alto y parecía de complejión atlética, aunque no excesiva. Su pelo rubio estaba perfectamente peinado hacia atrás. Se giró suavemente. Su nariz aguileña destacaba sobre un rostro extremadamente bien delimitado y pétreo. Era Reinhard Heydrich. Helmut sintió un vuelco en su corazón ya que sabía perfectamente de quién se trataba. Estaba ante uno de los hombre más importantes del Tercer Reich y que prácticamente lo sabía todo de todos. Incluso Himmler le temía. Dirigía la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). Su uniforme era perfecto, sin una arruga. Becker se quedó unos pasos por detrás. Aquello iba muy en serio.

–Buenas tardes, teniente Langert. Soy Reinhard Heydrich.
–Helmut se sorprendió de la voz aflautada de Heydrich—. Creo que es usted un melómano ¿verdad? –preguntó Heydrich a bocajarro. Helmut se sintió algo azorado, pero se recuperó.

–Bueno SS *Gruppenführer*, digamos que soy un buen aficionado, nada más. –Heydrich sonrió ante el conocimiento de los grados SS.

–Creo que tenemos cosas en común, teniente. Yo también soy aficionado a la música y toco varios instrumentos, aunque me gusta especialmente el violín. ¿Sabía que mi padre, Bruno Heydrich, había sido compositor y cantante de ópera? –Evidentemente, Helmut desconocía ese dato.

–No, no lo sabía. –En ese momento Heydrich invitó a sus dos recién llegados a sentarse. Tomaron asiento y Heydrich continuó.

—¿Cuál es su obra favorita, teniente? —Helmut pensó un momento.

—Me gusta la obra de Mozart, aunque Wagner también me seduce. Por otro lado, Verdi me resulta atractivo en alguna de sus óperas, *Rigoletto*, por ejemplo. Y también me gustan las obras del barroco italiano. Arcangelo Corelli es mi preferido.

El rostro pétreo y afilado de Heydrich escudriñaba a Helmut y analizaba sus respuestas, podía notarlo sin dificultad. Sus ojos achinados no perdían detalle del lenguaje corporal de Helmut.

—Y de Wagner, ¿qué obra le gusta? —Helmut miró a Heydrich y con seguridad respondió—: todas tienen su atractivo por diferentes razones, pero me quedaría con *El holandés errante*. —Heydrich sonrió.



Reinhard Heydrich